

A stylized map of Central America and the Caribbean is shown in the background. A diagonal banner, colored black and white, runs from the top left towards the center. The word "PUNTO" is written vertically on this banner in large, bold, white capital letters. The map itself is rendered in shades of gray, with white outlines for the coastlines and some internal features.

PUNTO

Ottmar Ette, Gesine Müller (eds.)

Paisajes vitales

Conflictos, catástrofes y convivencias
en Centroamérica y el Caribe

Un simposio transareal

Ottmar Ette,
Gesine Müller (eds.)

Paisajes vitales

Conflictos, catástrofes y convivencias
en Centroamérica y el Caribe.
Un simposio transareal

Potsdamer inter- und transkulturelle Texte

POINTE

Herausgegeben von / Editados por
Ottmar Ette, Werner Mackenbach, Gesine Müller

„Potsdamer inter- und transkulturelle Texte“ (POINTE),
Band 10

Mit freundlicher Unterstützung von / Con la ayuda de

DFG Deutsche
Forschungsgemeinschaft



POINTS Potsdam
International Network
for TransArea Studies

Ottmar Ette, Gesine Müller (eds.)

Paisajes vitales

Conflictos, catástrofes y convivencias
en Centroamérica y el Caribe.

Un simposio transareal

edition tranvía · Verlag Walter Frey
Berlin 2014

Bibliografische Information der Deutschen Bibliothek

Die Deutsche Bibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Copyright:

edition tranvía – Verlag Walter Frey

Umschlaggestaltung: Tobias Kraft

Druck: Rosch-Buch, Scheßlitz

ISBN 978-3-938944-85-1

Berlin 2014

edition tranvía · Postfach 150455 · 10666 Berlin

E-mail: Tranvia@t-online.de · Internet: www.tranvia.de

Impreso en papel resistente al envejecimiento y libre de sustancia ácida.

Índice

Introducción	7
--------------	---

Ottmar Ette

Paisajes vitales en mundos transarchipiélicos	13
---	----

CONFLICTOS

Gesine Müller

Paisajes coloniales en el Caribe en el siglo XIX: transferencias culturales en las literaturas francófonas e hispanófonas	53
---	----

Philipp Krämer

Convivência, paisagens (a)vitalis e conflito linguístico: a crioulaização nas Bahamas e em Reunião	77
--	----

Anabelle Contreras Castro

Panamarama: Viejas y nuevas rutas para crear y narrar la identidad nacional	93
---	----

CATÁSTROFES

Tobias Kraft

Alexander von Humboldt y la esclavitud. Impresiones circuncaribeñas y catástrofes de vecindad	113
---	-----

Héctor M. Leyva

Un puente para los humillados de la tierra: odio e indignación en la poesía de Roberto Sosa	125
---	-----

Anne Kraume

Paisajes del destierro. Fray Servando Teresa de Mier y Reinaldo Arenas	151
--	-----

CONVIVENCIAS

Ottmar Ette

- En busca de la convivencia perdida. Visiones de una dictadura
caribeña en *La Fiesta del Chivo*, de Mario Vargas Llosa 163

Albino Chacón

- Modelos de autoridad y nuevas formas de representación
en la literatura centroamericana 181

Sergio Ugalde Quintana

- Literatura, pintura, universidad y nación: Lezama en sus inicios 193

Sobre los autores

215

Introducción

América Central y el universo insular del Caribe constituyen un espacio de movimientos interdependientes y disparatados, un paisaje abierto dentro del cual se desarrollan varios procesos de circulación. Es un espacio de movimientos, que durante el siglo XIX se extiende en el tiempo desde la más temprana separación de las metrópolis, en el caso de Haití, hasta la relación de pertenencia duradera a la Madre Patria (francesa) de las islas de Guadalupe y Martinica. En otras palabras, es un espacio (de) tiempo marcado por conmociones que van desde la revolución social, la abolición de la esclavitud y la emancipación de las clases bajas negras (en Haití) hasta la abolición tardía de la esclavitud en Cuba (1880/1886). Ahora bien, lo que para el siglo XIX parecía una región aislada en sus conflictos propios, ha empezado a ser percibida de una manera diferente en el transcurso de los siglos siguientes. Durante el siglo XX y comienzos del nuevo siglo XXI, se ha hecho manifiesto, cada vez con más intensidad, que ese conmocionado paisaje no es hermético, sino siempre dinámico y abierto hacia el mundo entero¹ (ver Müller, *Verlag*).

El presente volumen parte del entendimiento que los territorios del Caribe y de América Central conforman una región común: desde una perspectiva caribeña, se incluyen también necesariamente las regiones circuncaribeñas y desde la mirada inversa, desde la perspectiva de América Central, es preciso considerar en nuestras reflexiones las relaciones con las islas del Caribe.

Bajo el término de *Gran Caribe* se entienden las fachadas costeras tropicales y subtropicales del Atlántico, desde Charleston hasta Río, es decir, las costas y desembocaduras de ríos de Brasil (hasta Bahía y Río), de Venezuela, de Nueva Granada y Colombia, de Florida y Louisiana (y en la medida en que atañe a los estudios sobre la esclavitud, también las costas de las dos Carolinas y de Virginia), así como las grandes Antillas, como Cuba, Saint-Domingue/Haití/Santo Domingo, Puerto Rico y la multiplicidad de islas de las Bahamas, y también las Antillas Menores y otros archipiélagos del Caribe; igualmente, hemos incluido las costas caribeñas de América Central y de México, así como las costas del Pacífico de Colombia y Ecua-

¹ Para discusiones actuales sobre la apertura hacia el mundo entero del espacio de movimientos latinoamericano en general y la función que cumple la literatura en estos procesos, ver los artículos compilados por Müller, *Verlag*.

dor (territorio de transición de las Darién y de las Chocó) (ver Zeuske). Michael Zeuske recalca, por ejemplo, que los estudios sobre la historia del “Gran Caribe” han crecido internacionalmente de manera exponencial y transdisciplinaria después de que todos los Estados de la región, tras siglos y siglos de orientación “nacional” hacia lo interno, descubrieran los recursos de sus periferias caribeñas y la potencia relacional del concepto. Todos los territorios del “Gran Caribe” y de América Central tienen puntos en común, pero también tienen sus individualidades. Bajo la presión de la Conquista, del insólito trabajo forzoso (esclavitud, *encomienda*) y debido a las enfermedades traídas por los europeos, las poblaciones de indios quedaron diezmadas, lo cual trajo consigo la catástrofe demográfica de los siglos XV y XVI. Surgieron los grandes espacios desolados, “sin seres humanos”, que facilitaron a las élites coloniales y a la clase alta criolla establecer la esclavitud colonial como principal economía de exportación y el tráfico de esclavos con africanos y sus descendientes como una fuente de acumulación de capital. En el “Gran Caribe” y en América Central, la competencia de los grandes imperios coloniales de Occidente (España, Francia, Inglaterra/Gran Bretaña, Holanda, Dinamarca y –más tarde también– Estados Unidos), desempeñó un papel abrumador, con sus repercusiones en la construcción de fortalezas, de construcciones navales, en el aspecto militar y en la urbanización, un papel similar al que desempeñaron la piratería y el contrabando, a los que algunos historiadores se refieren como “modo económico” del Caribe (ver Zeuske).

Ahora bien, ¿cuáles son las cuestiones a las que queremos aproximarnos desde la perspectiva de los estudios literarios y culturales? Nos interesa sobre todo la cuestión de las formas en las que la literatura escenifica modos de una *convivencia en paz y en diferencia*. Los ensayos culturales que han intentado abarcar esta convivencia de un modo programático empiezan a cobrar importancia, sobre todo a comienzos del siglo XXI.² Se desarrollan como una respuesta a la fallida etiquetación del multiculturalismo o como una renuncia a los conceptos esencialistas de la identidad. El hecho de que en los debates actuales sobre este tema tomen parte, con especial intensidad, intelectuales del Caribe y de América Central es algo obvio por distintas razones. Esta región, literariamente tan rica³, se ha ido perfilando

² Sobre los grandes desafíos que se nos plantean a nivel internacional durante la cuarta fase de la globalización acelerada según las bases y las condiciones de la convivencia ver Ette, *ZusammenLebensWissen* 169 s. y 183.

³ El Caribe se ha hecho un nombre, especialmente, como región privilegiada de las “literaturas sin residencia fija”. Sobre esto, ver Ette, *ZwischenWeltenSchreiben* 123-156.

en las últimas décadas como uno de los sitios privilegiados para la creación de teorías. Muchos teóricos intentan enfocar su interés en la *convivencia* en el Caribe y en América Central, o, por el contrario, se esfuerzan por desarrollar teorías universales a partir de estas regiones.

En el caso del concepto acuñado por Ottmar Ette del “Saber convivir/ Saber de la convivencia” (*ZusammenLebensWissen*), el cual tiene un vehículo privilegiado de comunicación en la literatura, se trata de un saber “que está siempre en contacto con el mundo de la vida extraliteraria y [que] puede entenderse a partir de las leyes propias específicas de la literatura y de su, digamos, obstinada conciencia de sí [...]” (114).

Una mirada a la producción literaria de América Central y del Caribe desde los comienzos de la más temprana independencia (Haití 1804) hasta la época más reciente nos ofrece una oportunidad especial para sondear y ensayar aquel espacio de experimentación en el que la literatura escenifica distintos modos de la convivencia. Ningún “saber convivir”, ningún “saber de la convivencia” es posible sin las dimensiones básicas del conflicto y la catástrofe. Resulta elocuente que a pesar del elevado potencial de conflicto y de catástrofe de la región —o tal vez por ello mismo— ésta sea una de las más productivas del mundo, literariamente hablando.

De todos modos, todavía queda preguntarnos, ¿a través de qué nexos pueden relacionarse el conflicto, la catástrofe y la convivencia en esta doble región compuesta por América Central y el Caribe? Desde nuestra perspectiva, ello se consigue con el mayor éxito a través del concepto de paisaje, que en la literatura de esta región se convierte en paisajes de vida o paisajes vitales.

Los paisajes encarnan y ponen en escena un modelo de movimiento de formas y normas de vida en las que se inscriben trayectorias históricas y rupturas coyunturales dentro de una red móvil de coordenadas, y todo con el fin de coreografiar sensiblemente los movimientos de comprensión hermenéutica a los que aspiran. Los paisajes son imágenes del movimiento e imágenes en movimiento, imágenes de la imaginación y del pensamiento, de la escritura y de la vida. Porque ellos están llenos de vida —y no sólo desde un punto de vista geográfico o relacionado con la historia del arte, sino también desde una perspectiva filológica—, y por lo tanto, también en ese sentido, en esa mirada enfocada hacia ellos, presuponen movimientos en el sentido de las mociones y las e-mociones (Ette, *Viellogische* 36-46).

Con la noción de paisaje, en primer término, no se trata de una espacialización del Caribe y de América Central, que nos ayudaría a visibilizar las bases teóricas de un proyecto artístico, científico o técnico. El llamado *spatial turn* ha hecho desaparecer muy a menudo, detrás de los espacios

(re)construidos por él, el movimiento, la vectoricidad inherente que los produce. De lo que se trata, más bien, es de hacer visible, en el sentido de una visualización y visibilización, las dinámicas y vectorizaciones que afectan nuestra región, sobre todo en la forma de un paisaje de la teoría: en el Caribe y en América Central, los lugares de movimiento y los espacios de movimiento aparecen como coreografías sumamente móviles, en las que ciertos vectores (vivididos y vividos) han incorporado tanto los movimientos históricamente acumulados como los movimientos de lo futuro, es decir, los que pueden esperarse e indagarse prospectivamente. El paisaje, gracias a su elevado coeficiente de movimiento, siempre está orientado hacia lo futuro: explora lo que los horizontes (en movimiento) presentan y (mucho más allá) liberan. Precisamente en lo futuro se expone y libera en el paisaje un fragmento de esa libertad.

Porque lo que conforma la dimensión estética y la libertad específica de la obra de arte es que ella no se abre únicamente, a partir de su presencia y su presentación, a un pasado de lo re-presentado y, con ello, a su sin duda importante función memorialística o testimonial. Las obras de arte, más bien, acercan con ellas, al mismo tiempo, traen al campo de la imagen y de la atención, los horizontes de la re-presentación prospectiva en el sentido de una *prospección*, con ayuda de la cual los paisajes de la teoría liberan perspectivas hacia esas partes de la teoría y de la epistemología que, si bien ya están presentes desde el punto de vista vectorial, aún no han sido concedidas del todo (y muchos menos, formuladas en toda su magnitud). Los paisajes de la teoría, por lo tanto, implican siempre, más allá de toda espacialización, una dimensión que apunta hacia el futuro, una fuerza estético-prospectiva en la que lo que habrá de concebirse en el futuro ya cobra forma y prepara la mirada para ciertas formas de creación que empiezan a perfilarse. Los paisajes son, en ese sentido, imágenes del movimiento de lo inminente, de lo venidero, de lo futuro (Ette, *Roland Barthes* 49-56). Esto lo evidencian sin duda alguna los textos y los ensayos literarios de Lezama Lima, de Antonio Benítez Rojo o de Édouard Glissant; nos lo enseñan también los paisajes archipiélicos de Eugenio María de Hostos o de Sergio Ramírez y los paisajes insulares de manglares de la Guadalupe o de Puerto Limón, que prefiguran ya no únicamente ciertos paisajes actuales del pensamiento y de la escritura, sino también sus futuros posibles.

Los ensayos recogidos en este volumen constituyen una selección de conferencias de un congreso organizado por la Fundación Alemana de Investigación Científica (DFG) y que llevaba por título el mismo que preside esta antología; tuvo lugar en la Universidad de Potsdam entre los días 11 y 13 de julio de 2013. Los ensayos escogidos se inscriben de un modo

ejemplar en el foco principal de nuestro planteamiento. Nos ha alegrado mucho poder enriquecer los ya mencionados pilares de nuestro estudio «Conflictos – Catástrofes – Convivencias» con trabajos de varios especialistas.

Cabe agradecer muy especialmente en este punto a la Fundación Alemana de Investigación Científica (DFG) por su generoso apoyo y a la Universidad de Potsdam, así como a POINTS (Potsdam International Network for Transarea Studies).

Potsdam y Colonia, julio de 2014

Ottmar Ette y Gesine Müller

Bibliografía

- Ette, Ottmar. *ZwischenWeltenSchreiben. Literaturen ohne festen Wohnsitz*. Berlin: Kulturverlag Kadmos, 2005.
- . *ZusammenLebensWissen. List, Last und Lust literarischer Konvivenz im globalen Maßstab*. Berlin: Kulturverlag Kadmos, 2010.
- . *Viellogische Philologie. Die Literaturen der Welt und das Beispiel einer transarealen peruanischen Literatur*. Berlin: Verlag Walter Frey – edition tranvia, 2013.
- . *Roland Barthes. Landschaften der Theorie*. Paderborn: Konstanz University Press, 2013.
- Müller, Gesine. *Die koloniale Karibik. Transferprozesse in frankophonen und hispanophonen Literaturen*. Berlin: Walter de Gruyter, 2012.
- Gesine Müller (ed.). *Verlag Macht Weltliteratur. Lateinamerikanisch-deutsche Kulturtransfers zwischen internationalem Literaturbetrieb und Übersetzungspolitik*. Berlin: Verlag Walter Frey – edition tranvia, 2014.
- Zeuske, Michael. *Gran Caribe*. En <http://www.ihila.uni-koeln.de/5593.html> [consultado: 05.12.2010].

Ottmar Ette
(Universidad de Potsdam)

**En busca de la convivencia perdida.
Visiones de una dictadura caribeña
en *La Fiesta del Chivo*, de Mario Vargas Llosa**

El escritor peruano e intelectual beligerante Mario Vargas Llosa, quien fuera galardonado en 2010 con el premio Nobel de Literatura, nos ofreció en 2000, con su novela *La Fiesta del Chivo*, un voluminoso texto narrativo que, por lo menos a primera vista, habla del rotundo fracaso en materia de la convivencia. Con ese virtuosismo y ese guiño burlón que le son tan propios, además del empleo de un sinnúmero de alusiones intertextuales que revisten la novela, nuestro autor, nacido en Arequipa en 1936, ha logrado inscribirla dentro del subgénero de la novela de la dictadura. En ella, devela frente a los ojos del lector y también frente a los de Urania, la protagonista, la increíble violencia que azotó aquel mundo –la patria de Urania– a lo largo de una de las dictaduras militares más sangrientas de América Latina. Durante la era del dictador Trujillo, a quien el pueblo había tildado de “Chivo” en reconocimiento de su excesiva virilidad, no es solamente la convivencia pacífica a nivel nacional e internacional la que ha fracasado de forma brutal y espectacular – amén de la benevolente “tolerancia” mantenida por los Estados Unidos durante décadas para con el genocida Trujillo, la que únicamente se puede comprender como un consciente apoyo al sinnúmero de asesinatos, de represalias y saqueos cometidos. También ha fracasado la convivencia en el contexto familiar e individual. Esto lo demuestran, desde un principio, los movimientos interiores y exteriores de la protagonista: Urania y su solitario ejercicio del jogging matutino; Urania, quien ha vuelto a la ciudad de Santo Domingo, antes llamada Ciudad Trujillo, con el fin de pasar allí unos días, sin que los demás miembros de su familia que radican en la isla tuvieran noticia de su llegada. Todas estas acciones nos revelan la enorme soledad con la que esta mujer, todavía muy atractiva, se mueve por el camino de su vida. A causa de un acontecimiento, que vivió en carne propia cuando todavía era una adolescente de familia acomodada, Urania es incapaz de sostener cualquier tipo de convivencia íntima.

La figura pendular de la isla, tanto en su calidad de *isla-mundo*, esto es, un mundo cerrado en sí mismo, como también en su carácter de *mundo de islas* o archipiélago, entrelazado de manera muy compleja con otras islas y continentes, es la que determina la estructura de la novela, que —tal y como se ha podido mostrar en otra ocasión (ver Ette, *ZusammenLebensWissen* 251-301)— ha sido acuñada por estructuras y patrones fractales, que escenifican un paisaje conflictivo de la convivencia. Las islas y archipiélagos de su vida configuran un complejo paisaje vital de las discontinuidades y “olvidos” que caracterizan su existencia¹. Partiendo de la isla de Manhattan, que para Urania se ha convertido desde hace mucho en su segunda naturaleza y patria, la protagonista aterriza en el Caribe, donde ya a su llegada se percata de la temporalidad y espacialidad propia e inherente a lo insular y que aunque familiar, le resulta tan ajena; un mundo, en el que una mujer atractiva y soltera sigue siendo motivo de escándalo, pero en el que la omnipresente dictadura de Trujillo, cuyos símbolos para ella son ubicuos y salen a relucir en todas las formas de expresión urbanas y humanas, simplemente se ignoran y borran de la conciencia colectiva. La amnesia es el fundamento sobre el que se apoya la convivencia en la era post-trujillista, que sigue presente en la isla. ¿Por qué los miembros de la familia o los habitantes de la República Dominicana tienen que seguir ocupándose de la era del Chivo? ¿No tuvo la dictadura también sus lados positivos?

No obstante, en su papel de imán del saber, de planeta del conocimiento, Urania no quiere y no debe olvidar, no quiere y no puede desatender la historia de su cuerpo, de su familia, de su isla. Está en busca de un tiempo perdido que no quiere transcurrir y de un paisaje vital de la convivencia que desea ser sumergido. Desde que las monjas norteamericanas la salvaron de las garras del dictador, de aquel potentado que aunque viejo y achacoso, seguía siendo una amenaza, y la llevaron clandestinamente a los Estados Unidos, donde ella logró hacer una brillante carrera profesional después de sus estudios en Harvard, a lo largo de todos estos años transcurridos, Urania no había dejado de examinar todos los detalles de aquella dictadura patriarcal, en la que antaño su padre había jugado un papel tan destacado y a la vez tan poco honroso.

Con tenacidad y obsesión ella trata de desvelar aquellos mecanismos de poder y violencia que habían marcado tan profundamente la vida de la República Dominicana, la de su familia, la de sus padres; y, sobre todo, su propia vida, la intuición que tiene sobre su propio cuerpo, su saber sobre el

¹ Sobre el concepto de paisaje de la teoría y sus implicaciones literarias y vitales, ver Ette, *Viellogische Philologie* 36-46.

cuerpo. En Manhattan, "en su tierra", el amplio y lujoso departamento de la abogada del Banco Mundial se encuentra repleto de libros, lo cual envuelve a esta atractiva mujer en un aura intelectual y cultivada. Sin embargo, hay un más allá de este «mundo de libros», de este paisaje bibliotecario puesto en escena, que transgrede el aspecto social. En su dormitorio, en el que jamás ha compartido la cama con otro hombre y nunca ha encontrado el amor, se hallan, como en una isla en el centro de Manhattan, todos aquellos libros que tratan de su isla natal; y Urania sabe muy bien cuáles fueron los crímenes que cometió Trujillo, apoyado activamente por el padre de Urania, en contra de Haití, país con el que la República Dominicana comparte la Isla Española. Los testimonios, ensayos y memorias sobre la historia de la dictadura ilustran y tocan muchos aspectos, pero se mantienen alejados del saber de la vida de Urania.

En estos libros, que contienen los más diversos aspectos de la dictadura de Trujillo, aparece una y otra vez un hombre llamado Cabral, al que algún día se le dio el apodo de "Cerebritito". Y quien no es nadie más que el padre de Urania, quien había servido al "Chivo" o al "Jefe" como le llamaba entonces, como cerebritito en el diseño de las estructuras totalitarias de violencia y le apoyaba en las distintas funciones de poder. ¿Una amistad entre hombres? De ninguna manera. Cabral, quien al parecer sin motivos aparentes cae en desgracia casi al final de la era dictatorial, había podido gozar de todos los privilegios durante el régimen totalitario y nunca pudo imaginarse que su apodo "Cerebritito" no sólo iba a significar su ascenso sino también su final, puesto que sufre un ataque de apoplejía del que ya no se recuperará y que le condena a escuchar, impotente y mudo, las recriminaciones que Urania le hace al volver a la casa de la familia, a la casa de su infancia perdida:

Mi departamento de Manhattan está lleno de libros —retoma Urania—. Como esta casa, cuando era niña. De derecho, de economía, de historia. Pero, en mi dormitorio, sólo dominicanos. Testimonios, ensayos, memorias, muchos libros de historia. ¿Adivinas de qué época? La era de Trujillo, cuál iba a ser. Lo más importante que nos pasó en quinientos años. Lo decías con tanta convicción. Es cierto, papá. En estos treinta y un años cristalizó todo lo malo que arrastrábamos, desde la conquista. En algunos de esos libros apareces tú, como un personaje. Secretario de Estado, senador, presidente del Partido Dominicano. ¿Hay algo que no fuiste, papá? Me he convertido en una experta en Trujillo. En lugar de jugar bridge, golf, montar a caballo o ir a la ópera, mi hobby ha sido enterarme de lo que pasó esos años. Lástima que no podamos conversar. Cuántas cosas podrías aclararme, tú que los viviste de braco con tu querido Jefe, que tan mal pagó tu lealtad. Por ejemplo, me hubiera gustado

que me aclararas si Su Excelencia se acostó también con mi mamá. (Vargas Llosa, *La Fiesta* 67)

En la escena clave de este primer reencuentro cara a cara con el padre, el hombre que antaño fuera tan poderoso en el ámbito familiar y nacional, no solamente se remite implícitamente al hecho de que "Cerebritito", para congraciarse con su "Jefe", le ofreciera a su hija para una complaciente desfleuración, sino también se considera la posibilidad de que el padre, para no caer en desgracia con el jefe, hubiera practicado este mismo procedimiento con su esposa, la difunta madre de Urania. La lúgubre sospecha de una escenografía en la que, ante el telón de fondo de haber sido ella una ofrenda patriarcal, hubiera indicios de un "ofrecimiento a plazos" del cuerpo de la madre, ponen de manifiesto que en esta pequeña familia se han hecho añicos y destrozado los fundamentos para una convivencia, una confiable convivencia. Es insoportable pensar, que el hombre en el poder se hubiera convertido no solamente en el alcahuete de su hija, sino antes también de su mujer. ¿Sería posible pensar en una convivencia familiar después de una historia en la que el padre de familia usa a sus mujeres como ofrenda en aras de satisfacer la conocida patología sexual del dictador, y las somete a la prostitución en nombre de cierta razón de Estado y el mantenimiento del propio bienestar económico?

Esta horrible experiencia, estos horribles recuerdos, sin embargo, sólo representan una de las caras de aquel saber, cuya inacabable e inconclusa plenitud trata de alcanzar Urania. Ella se ha adueñado de un amplísimo saber historiográfico, politológico y sociológico sobre la República Dominicana con la esperanza de acercarse lo más posible al entendimiento de aquello que la moldeó a ella y a su propia vida. Pero también para comprender, cómo fue posible que un despotismo tan sanguinario pudiera instaurarse en la República Dominicana y se mantuviera en el poder por tantas décadas; donde incluso los valientes autores del atentado en contra del "Chivo", en la ruta a su "Casa de Caoba" en camino a desfleurar a otra virgen, fueron perseguidos, torturados y asesinados de la peor manera por el régimen. Mario Vargas Llosa se inspira aquí en el *incipit* del *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, publicado en 1845, en el que se escenifica la invocación de la sombra de Facundo Quiroga, que quiere saber del caudillo ya muerto la solución del aparentemente insondable gran enigma: ¿Cómo fue posible toda esa bárbara violencia?

Esta interrogante, que acompaña toda la historia de la literatura latinoamericana, se ha convertido para Urania en la pregunta vital y de supervivencia. La dominicana, que procede de una aparentemente "buena familia",

liga su propio saber sobre las experiencias, que en parte se ha convertido en su saber sobre su propio cuerpo —que no ha compartido con hombre alguno—, con un saber ganado a través de la lectura de libros de consulta y tratados científicos, de tal modo que lo experimentado y lo leído se unen correlativamente. Sin embargo, aún falta aquel elemento determinante del saber, que le permita escaparse del infortunio de su exitosa vida y abrir todos esos horribles recuerdos que opacan sus éxitos hacia algo venidero, hacia un futuro estructurable. La pregunta de Urania —cuyo nombre sin lugar a dudas introduce aquí la mitología griega, remitiéndonos así a la memoria— es una doble pregunta: ¿Por qué fue posible toda esta violencia? ¿Se puede volver a una convivencia después de esto?

Aquí lo importante no es la historia, no es la problemática de la memoria —un tema sustancial para Mario Vargas Llosa²—, sino que se trata de mucho más. No sólo se pretende lograr la reconstrucción de lo vivido en el pasado, sino también la construcción de lo que en un futuro se vivirá. Esto no significa que trabajar individual o colectivamente la historia, esto es, una “labor en el mito” (ver Blumenberg) de la era y de la figura de Trujillo, no tenga un valor intrínseco o sea superflua. Al contrario: esto conforma la base imprescindible para cualquier tratamiento de la historia tanto del pasado como del presente y del futuro. Pero únicamente es el requisito para adquirir aquel saber que busca Urania. ¿De qué forma se puede expresar este conocimiento, como se puede modelar y hacer vivenciable?

No resulta demasiado difícil encontrar un vínculo entre los estantes repletos de libros, cuya intensa lectura absorbe a Urania y los kilómetros de libros que consultó el autor real, Mario Vargas Llosa, para realizar su como siempre escrupulosa y sistemática investigación, sobre todo en la biblioteca del Instituto Ibero-Americano en Berlín antes de redactar su novela *La Fiesta del Chivo*. Si el *poeta docto* peruano, quien como se sabe escribió su tesis doctoral sobre la obra de Gabriel García Márquez, uno de sus antiguos compañeros y que desde entonces ha alternado continuamente su creación artística con trabajos de investigación literaria sobre Flaubert o Arguedas,

² Ver, por ejemplo, sus observaciones en una entrevista: “Yo creo que pocos escritores escriben sólo a partir de la imaginación; creo que la memoria es un ingrediente esencial de la creación literaria, que uno recurre siempre a un material que está almacenado allí en el recuerdo, y que busca en esas imágenes situaciones, personajes, la materia prima a partir de la cual fantasea. Por lo menos esa ha sido mi experiencia. Todos los libros que he escrito, incluso los que parecen más desconectados de la realidad objetiva, tienen siempre unas raíces en la experiencia personal” (Bernabé s.p.).

sobre Victor Hugo u Onetti, sobre Tirant lo Blanc o Cervantes³, y quien realiza sus trabajos preparatorios con la misma meticulosidad con la que su admirado maestro Flaubert se dedicara a los suyos, entonces es posible suponer que Vargas Llosa emprendía su investigación a sabiendas de que el tratamiento sistemático e investigativo de la memoria no iba a ser suficiente para crear aquel saber vivo al que aspira su figura Urania. Y probablemente habrá sido la intensa estadía en Berlín, en el *Wissenschaftskolleg* y en el ya mencionado Instituto Ibero-Americano, la que propiciara el encuentro fortuito del autor peruano con aquella asociación fundada en 1888, cuyas metas siguen fielmente la tradición de Alexander von Humboldt y que lleva el nombre de la protagonista de *La Fiesta del Chivo*: "Urania". Si se consulta la página principal en internet (www.uranía.de) de esta venerable y afortunada institución, hallamos un lema que nos podrá o no causar sorpresa, en el que se vincula la expresión del saber con la locución de la vida: "vivir el nuevo saber".

Urania es sin lugar a dudas, una figura de conocimiento: en busca del tiempo perdido, configura una y otra vez el saber en vivo, en persona y con esto hace precisamente que el saber en su procesualidad se convierta en una vivencia para sus lectores. Al igual que Vargas Llosa, también ella trata de ampliar a través de su viaje a la República Dominicana su conocimiento biforme (o doblemente generado), ya perfilado por medio de vivencias actuales e investigaciones en el lugar. El hecho de que la enorme biblioteca en el dormitorio de Nueva York no contenga una sola novela es un claro indicio para la "disposición" que adoptará su propia novela dentro de aquel mundo de libros sobre la República Dominicana; una novela de búsqueda, en la que ella se vale de su propia figura literaria.

Lo anterior lleva a una confrontación entre diferentes niveles de tiempo, de espacio y de vivencias de moción y conmoción, tal y como se refleja en la escena del reencuentro entre padre e hija, una escena de grandiosidad literaria:

La recibe una luz viva, que irrumpe por la ventana abierta de par en par. La resolana la ciega unos segundos; después, va delineándose la cama cubierta con una colcha gris, la cómoda antigua con su espejo ovalado, las fotografías de las paredes —¿cómo conseguiría la foto de su graduación en Harvard?— y, por último, en el viejo sillón de cuero de respaldar y brazos anchos, el anciano embutido en un pijama azul y pantuflas. Parece perdido en el asiento. Se ha apegaminado y encogido, igual que la casa. La distrae un objeto blanco, a los pies de su padre: una bacinilla, medio llena de orina.

³ Ver todos estos trabajos citados en la bibliografía.

Entonces tenía sus cabellos negros, salvo unas elegantes canas en las sienes; ahora, los ralos mechones de su calva son amarillentos, sucios. Sus ojos eran grandes, seguros de sí, dueños del mundo (cuando no estaba cerca el Jefe); pero, esas dos ranuras que la miran fijamente son pequeñas, ratoniles y asustadizas. Tenía dientes y ahora no; le deben haber sacado la dentadura postiza (ella pagó la factura hace algunos años), pues tiene los labios hundidos y las mejillas fruncidas casi hasta tocarse. Se ha sumido, sus pies apenas rozan el suelo. Para mirarlo ella tenía que alzar la cabeza, estirar el cuello, ahora, si se pusiera de pie, le llegaría al hombro. (Vargas Llosa, *La Fiesta* 65)

La luz que irrumpe por la ventana, deslumbra: es una luz *viva*, porque la vida alumbra y deslumbra a la vez, ilumina y expone todo aquello que no sin dolor nos lleva a la cognición. El deterioro del pasado no sólo se consume en la estructura fractal de la casa, sino que de forma mucho más radical en la del cuerpo: el patriarca se ha encogido hasta convertirse en un enano, ha perdido sus dientes, su vigor, todo su poder y también su lengua y el dominio sobre su propio cuerpo y el de los demás. Es lo que ya no es y no puede dejar de ser.

El antaño admirado cuerpo del padre ya no es la vara con la que se mide todo; el cuerpo de Urania, en otro momento flaco y poco desarrollado ha crecido en la medida en que el del padre se encogía. Ella ha asumido el poder y con ello también las cuentas del padre. En esta dramaturgia casi clásica del reencuentro presenciamos la escenificación del saber sobre la experiencia que en su corporeidad no encuentra otro par. El abuso del cuerpo de la propia hija y quizá también del cuerpo de su esposa ha repercutido con contundencia en su propio cuerpo y el ataque afectó a "Cerebro" precisamente allí donde se invalidaron todos los fundamentos de la convivencia: el cerebro.

Este conocimiento no se adquiere por medio de la investigación en archivos y bibliotecas; y el término "Erfahrungswissen" (saber sobre la experiencia) no expresa del todo qué es lo que quiere dar a entender esta escena y más aún, la literatura: un saber vivencial que no es sólo una dimensión esencial, sino quizá la decisiva de un saber de vida (*Lebenswissen*) específico. La interpretabilidad de la relación entre los dos polos terminológicos en esta expresión en su calidad de *genivus obiectivus*, *partitivus*, *possessivus*, *qualitatis* y finalmente de *genitivus subiectivus* debe desvelar la polisemia estructural de este término transgresor de fronteras y no soslayarla. Esto es, que se piensa en categorías de un saber sobre la vida entendido como un saber de la vida sobre sí misma, de un saber como parte esencial de la vida (y la supervivencia), como una cualidad fundamental de la vida en sí, de un saber hacia la vida y un saber en la vida. Sin las dimen-

siones de lo estético y aiestético no se podrá adquirir un saber de esa índole.

Por eso, fue el retorno a la isla que al principio de la novela aparece en cierto modo emergiendo del mar, la visita a la casa paterna y la propia niñez perdida y la escena del reconocimiento y la cognición, la anagnórisis del enfrentamiento cara a cara de padre e hija, lo que actualiza y vivifica el pasado, que para Urania sigue siendo –y ahora más que nunca– terriblemente doloroso. Urania se da cuenta (el texto novelesco rara vez lo devela), casi está segura, de que no es improbable que ella sea hija del Chivo y que éste no la pudo poseer, porque justamente en ese instante le abandonan a este todopoderoso dictador entrado en años sus fuerzas viriles. Abundan aquí los padres convertidos en traidores. La repentina pérdida de la virilidad, que a Urania le aseguró su virginidad pero le deparó una intocabilidad, la encara vívidamente al estar frente al cuerpo inerte de su padre y le da la posibilidad de vivenciar intensamente lo que resta del principio del potentado patriarcal, las sobras de aquel, a quien su padre había servido con tanta devoción, del hombre a quien llamaban “el Generalísimo, el Benefactor de la Patria, el Padre de la Patria Nueva, el Restaurador de la Independencia Financiera” (Vargas Llosa, *La Fiesta* 518), antes de que perdiera la vida en el atentado. El silencioso desafío de Urania es evidente: ¿De qué manera se podrá impedir y superar esta intocabilidad, que en cierto sentido también acarrea consigo la incapacidad de convivir (por lo menos de manera íntima)?

Sólo es la luz viva, que ciega más de una vez a nuestra abogada de Manhattan en el cuarto de su padre, la que ya en el último capítulo le dará el valor de narrarles a los miembros femeninos de su familia, cuyas cartas nunca había contestado, sobre esa otra casa, la “Casa de Caoba”. Detrás de los muros resguardados militarmente se encontraban aquellos interiores llenos de kitsch y poder, de los que Urania sólo puede hablar con mucho esfuerzo, porque el lastre de lo vivido y el revivirlo actualmente pesa demasiado. Sin duda: para Urania es la historia más difícil de contar, un relato que tiene que luchar contra la censura que se impone a sí misma y la de la familia (personificada por la tía Adelina). Pero es asimismo aquel narrar el que le da la oportunidad, si no de volver a la isla y convivir con la familia, por lo menos de establecer un contacto continuo con la pequeña Mariana, que con tanta fascinación escucha su historia:

Quando Urania se despide de Marianita, ésta la abraza como si quisiera soldarse, hundirse en ella. El cuerpecito filiforme de la chiquilla tiembla como un papel.

Yo a ti te voy a querer mucho, tía Urania —le susurra en el oído y Urania siente que la embarga la tristeza—. Te voy a escribir todos los meses. No me importa si no me contestas. (Vargas Llosa, *La Fiesta* 525)

Aquí resulta más que evidente: La escena de la última página de la novela no está vinculada a una promesa de felicidad, no significa la segura liberación de aquella tristeza que una y otra vez sobrecoge a Urania. Pero alberga la esperanza de poder entablar relaciones o de restaurar las existentes; vínculos que, teniendo en cuenta lo sucedido no se hubieran podido mantener. En el cuerpo aún en desarrollo de Marianita descubre la protagonista un alter ego como plataforma de comunicación, que transforma el poder de narrar en uno que puede curar a Urania. En busca de la convivencia perdida ha nacido en el acto del narrar un nuevo saber, que trasciende en mucho la problemática de la memoria. Este saber de vida narrativo de múltiples significados constituye la base para una nueva convivencia.

En busca de una comunidad polilógica

No es ninguna casualidad que las reacciones de la niña descritas en la cita anterior sean más bien corporales, en tanto la narración de Urania acerca del cuerpo afecta directamente el cuerpo de su interlocutora. Empieza a temblar cual pedazo de papel. El vínculo que se establece aquí con la escritura se retoma inmediatamente y se transforma en promesa: la pequeña Marianita promete escribirle a su tía, aunque ésta no le conteste, esto es, que no quiera escribir. Esta distinción entre hablar y escribir es muy importante en Vargas Llosa y se puede rastrear en muchos de los textos narrativos y ensayísticos del autor de *El hablador*.

Mario Vargas Llosa introduce su libro sobre Juan Carlos Onetti, *El viaje a la ficción* publicado en 2008, intencionalmente con una ficción de la historia de la humanidad y despliega así en las primeras páginas de este extenso estudio sobre el autor uruguayo el devenir del ser humano desde sus principios hasta su estado actual de civilización ultradesarrollada. Vargas Llosa diferencia allí con precisión entre la coexistencia y la convivencia, al aseverar que “coexistir no es todavía convivir” porque el convivir presupondría un “elaborado sistema de comunicación” (Vargas Llosa, *El viaje* 12). Y de hecho: la convivencia trasciende en mucho a la coexistencia.

La reflexión histórico-cultural implica una de carácter histórico-filológica. Es sólo con la adquisición de la lengua que el hombre puede realizar el paso decisivo en el “proceso de desanimalización”, del que puede nacer